

La Congregación General 35 de la Compañía de Jesús

Gabino Uríbarri

En la solemne eucaristía de inauguración de la CG 35, el 7 de enero el P. General encendió una lámpara votiva en el altar de San Ignacio de la Iglesia del Gesù, gesto repetido en las iglesias de la Compañía, con una oración en que se imploraba al fundador: «intercede por nosotros ante el Padre de las misericordias, para que en este tiempo de gracia podamos buscar y encontrar en todo su divina presencia y conocer su voluntad». La luz de esta lámpara, como oración constante al Espíritu, ha acompañado a la CG, que se ha sentido sostenida por la oración y el interés cordial de muchas personas, dentro y fuera de la Compañía. Inmerecidamente, hemos sido agraciados por «lenguas de fuego» (cf. Hch 2,3) que han encendido lámparas (cf. Mt 5,15; Lc 12,35) para iluminar y encender la vida de la Compañía en su servicio a la Iglesia y al mundo.

La renuncia del P. Kolvenbach: saber retirarse humildemente

El último gran servicio que el P. Kolvenbach ha prestado a la Compañía ha sido presentar su renuncia como General. Se ha demostrado el buen funcionamiento del mecanismo jurídico que permite armonizar un generalato por tiempo indefinido, *ad vitam*, y el relevo en el gobierno máximo de la Compañía. La figura del P. Kolvenbach ha brillado con luz propia durante toda la CG. Siendo la persona de más autoridad moral en el aula, cuyos escritos se han citado más que ninguna otra fuente, ha predicado con el silencio, la discreción, la modestia y la humildad.

El día de la aceptación de su renuncia fue memorable. Sin embargo, como General no dejó que la CG se expan-

sionase en muestras de reconocimiento y afecto: cortó el aplauso. En revancha, el uno de marzo, por sorpresa, confabulándose el nuevo General y la comisión directiva de la CG, se le hizo un pequeño homenaje, dándole las gracias públicamente, y se le ofreció el único obsequio que previsiblemente no rechazaría: un icono mariano. Las lágrimas fluyeron tanto como los aplausos. Entre los documentos aprobados, figura una carta de reconocimiento y agradecimiento al P. Kolvenbach en nombre de la Compañía.

La renuncia del P. Kolvenbach rebosa elegancia y derrama fragancia de evangelio. Este siervo del Señor se ha retirado a Beirut después de casi veinticinco años de General, siendo a su vez miembro de tres congregaciones romanas. Este gesto cargado de humildad es una luz muy necesaria para la Compañía, para la Iglesia y para el mundo, para resistir a los engaños de la ambición y la vanagloria.

La elección del P. Nicolás: deliberar en común

Las *murmuraciones* y todo el proceso de elección del nuevo General han sido una de las más agradables sorpresas del Espíritu y de la sabiduría ignaciana. Hemos vivido ante todo una experiencia colectiva de deliberación en común y de la certidumbre de su posibilidad, si se dan las condiciones adecuadas.

La primera es que el objeto de la deliberación sea claro y compartido. En la CG buscábamos juntos la persona más adecuada para dirigir la Compañía, vistas las luces y las sombras que indicaba el informe sobre el estado de la Compañía, el perfil del General descrito por las Constituciones (Co 723-735) y elaborado en las reuniones de las asistencias antes de la CG 35.

Segundo, la deliberación se ha de llevar a cabo en un intenso clima espiritual y de oración, tal y como reinó esos días. La celebración diaria de la eucaristía al comienzo de la mañana, la exposición del Santísimo durante todo el día, la bendición solemne a la caída de la tarde, las visitas frecuentes a la capilla y a diferentes lugares ignacianos forjaron un auténtico ambiente de oración.

Tercero, el intercambio franco y abierto de información, siempre de dos en dos, de tal manera que no se dio pie ni a campañas ni a grupos de presión. La información relevante fluye a través de numerosas entrevistas confidenciales, en las que honestamente se comparte lo que se sabe, la fuente de donde procede y el grado de certeza de la información. Esto permite que circule toda la información disponible sin que se generen disputas ni discusiones; el grupo no se fracciona pues no hay lugar para la confrontación. A lo largo de cuatro días completos hay tiempo suficiente como para que cada elector se forme

una opinión contrastada, la pueda confirmar y llevar a la oración.

El mismo día de la elección, la misa de Espíritu Santo ambientó todo el día. Esta atmósfera continuó en el aula: se entró en silencio, un crucifijo presidía, uno de los congregados tuvo una breve alocución final exhortando a una buena elección y desgranando cualidades relevantes del futuro General, se dejó tiempo de silencio hasta culminar una hora, en la que reinó un silencio orante y recogido, y se emitió el voto por escrito con un juramento (Co 705). En la elección del nuevo General, P. Adolfo Nicolás, de nuevo se desbordó la consolación y la emoción.

A través de las murmuraciones el Espíritu nos iluminó y sorprendió: nos persuadió de que la deliberación en común es factible; el grupo (más de doscientos), que llegó sin conocerse, se cohesionó; a pesar de su flaqueza, la asamblea se percató de que era guiada por la fuerza de Dios, no de los hombres.

El cuarto voto: estimados, confirmados, enviados e interpelados por el Papa

Junto con la elección del General, otro momento de gran densidad espiritual de la CG fue la audiencia papal del 21 de febrero, a cuya luz la CG leyó la carta del Papa al P. Kolvenbach y a toda la CG del 10 de enero. La benevolencia y la estima de Benedicto XVI se

hicieron notar antes de la misma audiencia: la CG 35 ha sido el primer capítulo general de una orden religiosa que recibe. El Papa supo crear un ambiente distendido, de comunicación franca. Escuchamos con gran atención sus palabras, que no escatimaron las muestras de afecto y de estima, de cercanía espiritual, culminando con la re-

*el Santo Padre nos ha
apremiado a realizar el
importante y difícil servicio
de «construir puentes de
comprensión y de diálogo
con quienes no pertenecen
a la Iglesia o encuentran
dificultades a la hora de
aceptar sus posiciones y
mensajes»*

citación sencilla y verdadera de la oración del «Tomad, Señor, y recibid...», con la que culminan los ejercicios de San Ignacio.

El Santo Padre nos hizo ver que cuenta con la Compañía, que respeta y apoya las opciones tomadas por CCGG anteriores (fe y justicia, opción por los pobres), así como líneas significativas de su gobierno (P. Arrupe y el servicio a los refugiados), que desea tenernos como sus leales colaboradores, que aprecia nuestro carisma.

El Sucesor de Pedro nos ha pedido ante todo fidelidad al propio carisma y a la propia identidad, ejercitando de su parte de modo magistral el especial vínculo de amor y servicio que liga a la Compañía con el Romano Pontífice (cf. CG 32, D. 2,24). Así, nos ha ofrecido perspectivas fecundas para encarar el futuro con «impulso y fervor renovados» (Discurso, § 2).

Benedicto XVI ha mostrado a la Compañía un campo precioso, exigente y amplio de apostolado, como por ejemplo en esta formulación: «No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que desafían hoy a los heraldos del Evangelio, sino las fronteras que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, acaban alzándose entre la fe y el saber humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y el compromiso por la justicia» (Discurso, § 3). Así, nos hemos sentido enviados a estas fronteras de hoy por el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra (*Form. Inst.* I), para ir allí en nombre de la Iglesia a anunciar la buena nueva de Jesucristo.

Nos ha recordado la necesidad de una «fe sólida y profunda» (Discurso, § 4) y de «una íntima comunión con Aquel que nos llama a ser sus amigos y discípulos» como «el secreto del auténtico éxito del empeño apostólico y misionero» (Carta, § 2). De ahí el apremio para no desfallecer en el fervor, característico de la Compañía (Nadal).

Nos ha apremiado a realizar el importante y difícil servicio de «construir puentes de comprensión y de diálogo con quienes no pertenecen a la Iglesia o encuentran dificultades a la hora de aceptar sus posiciones y mensajes» (Discurso, § 5) en sintonía con el magisterio y fidelidad a la doctrina católica. Así, nos ha pedido expresamente vivir el cuarto voto de obediencia al Sucesor de Pedro no solamente como «disposición a ser enviados a misionar en tierras lejanas, sino también —según el más genuino espíritu ignaciano de «sentir con la Iglesia y en la Iglesia»— a «amar y servir» al Vicario de Cristo en la tierra con una devoción «efectiva y afectiva» que haga de vosotros unos colaboradores suyos tan valiosos como insustituibles en su servicio a la Iglesia universal» (Discurso, § 7).

Como buen pastor, Benedicto XVI ha sabido llegar al corazón de la CG. En el documento de respuesta al Santo Padre, «Con nuevo impulso y fervor», la CG quisiera que brillara la luz y el calor de la consolación espiritual provocados por el encuentro con el Papa, por su estima y cercanía espiritual, por su aprecio de la Compañía, por la confianza que deposita en nosotros, demostrada en la exigencia de la misión confiada. La CG desea que a esta luz se haga un examen sincero del amor a la Iglesia, repudiando las «reacciones y actitudes» (§ 14) que no se compadecen con el ignaciano sentir en y con la Iglesia. La mejor

respuesta de la Compañía será que ella misma arda en amor a la Iglesia (cf. § 16), esposa de Cristo (cf. Ej 365), entendiendo con nueva profundidad y convicción la inseparabilidad en el carisma ignaciano de «servir solo al Señor y a la Iglesia su Esposa» (*Form. Inst.* I).

La inspiración de *La Storta*: puestos con el Hijo

La identidad y la misión de la Compañía constituyen su corazón. En las CCGG anteriores ambas se habían tratado con claridad y profundidad. La CG 35 no sentía la necesidad de una redefinición, sino más bien de redecirlas de modo más *inspirador*, para así revitalizar el fuego por el que la vida de la Compañía se consume para mayor gloria de Dios. La CG se ha dirigido al Espíritu, para recibir de él la inspiración, el espíritu que nos guíe, nos señale el camino, estimule mayor vigor espiritual, impulse nueva creatividad apostólica, genere mayor unión de ánimos. La imagen que el Espíritu nos ha susurrado como inspiradora ha sido sobre todo la visión de *La Storta*, imagen que preside el decreto de identidad y marca notablemente el de obediencia.

Yendo de camino hacia Roma, donde acudían para ponerse a disposición del Papa, ya que el proyectado viaje a Jerusalén prometido en Montmartre en 1534 no fue posible, Ignacio tuvo esta célebre visión, que la autobiografía

describe así: «Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» (Au 96)¹. Esta visión implica una gracia cristificante: ser puesto con el Hijo, ser constituido por el Padre *compañero de Jesús*. A Ignacio se le concede lo que había estado suplicando tanto tiempo: «rogando a la Virgen que le quisiese poner con su Hijo» (Au 96). Esta visión confirmará que el nombre de grupo, ya decidido en Vicenza, sea definitivamente *Compañía de Jesús* (FN II,133) y que Ignacio se determine por el régimen de pobreza para las casas de la Compañía (cf. De 67).

Ignacio contó la experiencia a sus compañeros de camino, Fabro y Láinez, lo cual nos permite conocer detalles significativos, a través de Láinez (FN II,133): «me dijo que le parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: *Ego ero vobis Romae propitius* [Yo os seré propicio en Roma] (...) Otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz a cuestas, y el Padre Eterno al lado que le decía: Yo quiero que tomes a este co-

¹ Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, BAC, Madrid, 1986, 438-443; H. ALPHONSO, «La Storta», en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander, 2007, II, 1091-1101.

mo servidor tuyo. Y así Jesús lo tomaba y decía: Yo quiero que tú nos sirvas». Queda claro que se trata de una gracia grupal, que confirma la decisión de los primeros compañeros de ir a Roma a ponerse a disposición del Papa. También que se es puesto

*todos los decretos intentan
transmitir y mantener viva
la unión en la diversidad
en medio de una apertura
universal*

con Jesús que va con la cruz a cuestras, se es recibido debajo de la bandera de la cruz. Además, se es aceptado y recibido, gratuitamente, como servidor, por el Padre y por el Hijo.

El fuego de *La Storta* está reflejado muy notablemente en la Fórmula del Instituto² y constituye el cogollo de la vocación a la Compañía. La CG ha recibido agradecida la llama de *La Storta*, en la que se enciende la gracia de la adhesión al Señor Jesús y el impulso apostólico del servicio, el ser pues-

² «Cualquiera que en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, quiera ser soldado para Dios bajo la bandera de la Cruz, y servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra...» (*Form. Inst. I*).

to personalmente con el Hijo como compañero suyo junto con la pertenencia corporativa al grupo de compañeros, el servicio al Señor Jesús para realizar hoy los designios salvadores del Padre Eterno en vinculación estrecha con las orientaciones del Papa, la romanidad y la universalidad de la Compañía, la mística trinitaria y la atención preferencial a Cristo sufriendo y crucificado en la historia. El propósito del decreto de identidad es que el don de *La Storta*, vocacionalmente vivido por cada jesuita, sea un fuego que enciende otros fuegos (San Alberto Hurtado), que esta llama no cese de arder hasta incendiar de compasión y de conocimiento de Dios «tantas “naciones” humanas, no geográficas que todavía reclaman salvación» (P. Nicolás, homilía 20.01.08).

Un cuerpo y una misión universal: unidad en la diversidad

La Compañía realiza su misión esparcida en la viña del Señor, trabajando en medio de culturas diversas a través de muy variadas dedicaciones apostólicas. El cuerpo de la Compañía solamente se da en dispersión misionera, por lo que asegurar su unión es un proceso permanente, no exento de dificultades (cf. Co 655), que se fundamenta en el común amor a Dios nuestro Señor (Co 671) y se sostiene ordinariamente con el vínculo de la obediencia (Co 659). Las CCGG son un medio privilegiado para fortalecer

la unión de ánimos del cuerpo (Co 677). En la CG 35 el Espíritu Santo, como en un nuevo Pentecostés, nos ha fortalecido como cuerpo único, capaz de hablar muchas lenguas para transmitir las maravillas de Dios a cada uno en su propia lengua (cf. Hch 2,11).

El P. General se hacía eco en su homilía de clausura de esta fuerte experiencia de unión en la diversidad: «una experiencia llena de una rica diversidad, quizá la más grande que se ha dado en la historia de las CCGG. Juntamente con esa diversidad hemos experimentado también un fuerte deseo de oír, de escuchar a los demás, de abrirnos a los demás tan diferentes de nosotros...».

Todos los decretos intentan transmitir y mantener viva la unión en la diversidad en medio de una apertura universal. El decreto de *misión* mira al mundo entero, a los retos y las oportunidades de la globalización, a las nuevas fronteras, y sitúa sacerdotamente a la Compañía al servicio de la reconciliación de la familia humana, en un ministerio empeñado en ayudar a establecer relaciones justas con Dios, con los demás y con la creación³. El

³ Los temas relativos a la misión ocuparon mucho espacio de la CG 35 a pesar de que no todos se recogen en el decreto de misión. En gran parte se trataron bajo una modalidad nueva: temas propios del gobierno ordinario de la Compañía, sobre los que la CG 35 ha dado una palabra, pero no publicará un texto oficial. Los temas trabajados de este modo, que el proemio histórico oficial re-

decreto sobre el *gobierno* proporciona las estructuras y los mecanismos más adecuados para que el cuerpo sirva a la misión universal, superando las fronteras de países, lenguas, culturas y dedicaciones apostólicas. El decreto sobre *colaboración* amplía aún más el

*a lo largo y ancho del
universo brillan antorchas
con fulgor renovado: son los
jesuitas, sus colaboradores,
amigos y benefactores,
testigos iluminados y
enardecidos por Aquel que es
la luz del mundo*

cuerpo de la Compañía, entendiendo que la colaboración con otros pertenece al corazón de la misión, al modo de vivirla, discernirla y realizarla. El decreto sobre *identidad* ve al jesuita como miembro de una comunidad

cogerá de modo más detallado, son: fomento de vocaciones, formación de jóvenes jesuitas, vida comunitaria, hermanos jesuitas, comunicación, finanzas, fundamentalismo y diálogo interreligioso, apostolado con jóvenes, pueblos indígenas, ecología y globalización. También se trataron en este sentido las cinco prioridades apostólicas de la Compañía: África, China, apostolado intelectual, refugiados e inmigrantes, y las casas internacionales de Roma, encomendadas por la Santa Sede.

apostólica, cuyo testimonio comunitario forma parte de su identidad y de su misión. El decreto sobre *obediencia* asegura que la misión de cada jesuita no está buscada ni discernida al margen del cuerpo, sino que se integra en el marco del servicio que la Iglesia pide y encomienda a la Compañía. La respuesta al Santo Padre formula una vez más, con serena convicción, que la Compañía es un cuerpo apostólico dispuesto a ser enviado a la viña del Señor por el Romano Pontífice «donde juzgare mejor para un mayor servicio a la Iglesia y una mayor gloria de Dios» (§ 17).

Un candelabro de luces para la vida de la Compañía

Al final de la CG podemos cantar con gozo y gratitud el *Te Deum*. El Padre nos ha escuchado, el Hijo se nos ha hecho compañero de camino y el Espíritu nos ha dispensado luces y llamas, para iluminar e incendiar la tierra con el fuego del Señor Jesús (cf. Lc 12,49). Se puede ver lo vivido en la CG 35 como un gran candelabro de dones y de enseñanzas que brillan

para alumbrar el camino cotidiano de la Compañía en su vida, su oración y su servicio: la humildad; la unión en la diversidad; la deliberación en común; la inserción eclesial alegre y decidida; el fervor y el impulso apostólico; la estima y el aprecio del Santo Padre; la pasión por llevar el mensaje de la Iglesia a las nuevas fronteras y las «naciones» humanas, no geográficas; el don de ser puestos, personal y corporativamente, con el Hijo que carga con la cruz; y, sobre todo, el deseo de dejarse abrasar por el amor de Dios manifestado en la zarza ardiente de la cruz⁴.

Al concluirse la CG la lamparilla encendida el primer día al pie del altar de San Ignacio se apagó. A lo largo y ancho del universo mundo brillan antorchas (cf. Filp 2,15) con fulgor renovado: son los jesuitas, sus colaboradores, amigos y benefactores, testigos iluminados y enardecidos por Aquel que es la luz del mundo. ■

⁴ J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Primera parte: Desde el Bautismo a la Transfiguración*, La esfera de los libros, Madrid, 2007, 179, 404.